



EL ECO DE CARTAGENA

BOCANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11224

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extran-
o.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 5 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

TOMAMOS NOTA

El brillante resultado que ha ob-
tenido Murcia con sus fiestas reli-
giosas y profanas, ha sugerido aquí
el deseo de confeccionar para el
año venidero un programa que
llame poderosamente la atención
de los forasteros.

Tarde nos hemos convencido del
interés que entrañan los festejos,
para las poblaciones, cuando aque-
llos valen la pena de hacer un viaje
á finde verlos; pero más vale tarde
que nunca y nunca es tarde si la
dicha es buena.

Para nosotros lo ocurrido en
Murcia no constituye una revela-
cion; acostumbrados á leer diaria-
mente la prensa de España, hemos
aprendido que la gente va donde
la llaman con distracciones y feste-
jos. Por eso hace dos años hicimos
la campaña del botijo y excitába-
mos á los que debían intervenir en
el asunto para que se decidieran á
hacer algo que lo hiciera venir.

Desgraciadamente nuestra voz se
perdió en el vacío; nuestro entu-
siasmo no se propagó á nadie; nuestra
propaganda no hizo prosélitos.
Algunos nos llamaron visi-
onarios; otros, más indulgentes,
aplaudieron nuestra campaña, pe-
ro no pasaron de ahí. Y cuando
alguien allegado á la empresa fe-
rroviaria estuvo á visitarnos para
saber si se contaba con elementos
para hacer venir el tren botijo, no
surgieron iniciativas ni hubo en
nadie voluntad decidida de reali-
zar semejante deseo.

A lo que nosotros no nos atrevi-
mos hace dos años se han atrevido
ahora los murcianos, y sus periódicos
vienen pletóricos de orgullo,
satisfechos del papel que ha hecho
la capital de la provincia ante los
forasteros esta Semana Santa.

Es muy natural que así sea; la
prensa murciana ha trabajado con
ahínco. Justo es que esa prensa

goco de su triunfo, y más justo es
aun que sienta las satisfacciones
propias de quien, laborando gene-
rosamente en el negocio ajeno, lo
ve realizado.

Por fortuna, para la capital, la
prensa no ha labrado en terreno
eséril: al contrario, echada á vo-
luntad, encontró á todo el mundo dispuesto en pro de
que se realizara y ni los particula-
res ni los gremios, rogáron el
dinero necesario para el programa.

La prueba ha sido concluyente,
y en vista de ello se han despertado
ahora los entusiasmos en los ti-
bios y se han dado á partido los
incrédulos. Y ya se habla con cierto
calor de juntas magnas, de elemen-
tos valiosos que pueden coadyuvar
al mejor lucimiento de las fiestas,
de corridas de toros, de veladas
maritimas y de otros festejos no
menos importantes.

De aquí á Semana Santa queda
un año, tiempo más que suficiente
para preparar lo que se desee; has-
ta para olvidar lo que se piense
ahora hay tiempo en ese plazo.

Por si acaso se olvida, tomamos
nota para recordarlo en momento
oportuno.

MUNDO MUNDO!

Qué pasada es de este mundo
la carga ¡vágame el cielo!
cuando ya uno se aproxima
como yo, á los tres durejos...

Caminando casi á tientas
por evitar un tropiezo;
con la tristeza en el alma
y la fatiga en el cuerpo,
la espina dorsal doblada,
siempre la vista en el suelo
como si estuviera á malias
uno con el firmamento.

Unos, al pasar me empujan,
otros, me dan un rodeo,
y nunca falta una hembra,
que al ver mi infeliz aspecto,
recogiéndose la falda,
no diga: pase el jamerto.

Mas todo en el mundo acaba,
nada en él subsiste eterno,
no hay placer que no concluya
ni dolor que no hallé término;
todo llega al fin y al cabo,
yo también llegaré presto,
vamos andando otro poco,
ya me falta corto trecho.

De esta suerte se quejaba
un pobre diablo gallego
que llevaba un mundo á cuestas
de nueve arrobas de peso.

León Pagelliz.

DESDE LOS MADRILES

(De nuestro servicio especial)

Pasó la Semana Santa como pasa to-
do, exceptuando alguna que otra pesa-
ta, á la que le ocurre lo que á la mona-
da de dos duros de que habló Manuel
del Palacio.

Durante la semana de Pasión, y espe-
cialmente jueves y viernes, hemos teni-
do ocasión de ver curiosísimos figu-
rines.

Ha habido señor, que ha exhumado
un sombrero de copa digno de figurar
en la colección famosa de Mariano Fer-
nández, y hemos visto por ahí sombros
de a aquellos que saludaron la lle-
gada de Espartaco, y levitas de corte
rápido y olivatos prehistóricos.

Los pollos, en plena primavera, ra-
diante de sol y de calor, han lucido sus
tallas ebeltas á cuerpo gentil, y las ni-
ñas, llevándolo virosas la mantilla clási-
ca, y los clavos dobles ó sencillos,
también se han lucido, visitando los Sa-
grarios y pasando por la carrera que
había llevado la procesión.

Por cierto que muchas de éstas seño-
ritas han ostentado unos dijes simbóli-
cos hasta cierto punto, que prueban, si
no precisamente las ganas de casarse,
el deseo de ir á la moda.

Me refiero á los dijes con hojitas de
trébol y á los relojes—¡oche V. jota!—
también con trébol de la casa Coppel,
la que ha regalado el reloj que hacia el
número 50,000 de los vendidos en los
doce años que cuenta de existencia,
además de obsequiar con espléndido
banquete al afortunado que pretendió

comprarlo, mi compañero Alonso Mo-
rales.

Esto demuestra que el género de ma-
ridos va como el aceite, poniéndose por
las nubes, y que Coppel sabe lo que le
conviene á nuestras concludadanas.

El trébol se impone y el conocido re-
lojero ha dado la hora con sus relojes.

También he visto mantillas tradicio-
nales, de esas que se perpetúan á tra-
vés de diez ó doce generaciones, y ves-
tidos de seda de los procedentes de
salidos

Este año, con dos días espléndidos el
lujo se ha desbordado y nadie al tran-
sitar por las calles en tales solemnida-
des, hubiera podido adivinar que Ma-
drid es un pueblo pobre, y sin embargo
«no es todo oro lo que reluce», y á buen
seguro que muchas elegantísimas seño-
ras que por ahí han deslumbrado con
sus encajes, habrán ido á ver á D. Ju-
das, para decirle:

—Vengo á traerle á V. la mesa del
comedor que para nada nos hace falta
y que me dé V. en cambio la mantilla
de blonda, porque quiero que mañana
me vean las de Verdoncillo y rabien de
envidia.

Aquí donde se empeñan los colohones
para ver matar al Guerrita, es seguro
que esta Semana Santa se han empeña-
do hasta los visillos para sacar á relu-
cir moños y trapos.

Pero el caso es, que el Madrid que
se ha exhibido en las calles, ha sido lu-
joso, aún más que otros años.

¿Quién dirá que aún no hemos podido
liquidar sus pagas á los repatriados...

El calor aprista de veras, y no pare-
ce sino que la Naturaleza ha hecho es-
tos días su Agosto.

Ya hay quienes han hipotecado la
capa, y ciudadanos que andan por casa
en paños meneros.

Los proyectos para el verano prin-
cipian ya á ser la pesadilla de muchos
cabezas de familia y cabezas de turco.
—Es preciso—dice D.^a Filomena á
su esposo—que este año nos llevos á
Arochón.

—Eso sería enviaros al ostracismo,
de ninguna manera.

—Pues es necesario que salgamos á
alguna parte.

—Pues salís á la calle y dais un pa-
sello.

—Bueno, bueno; ya verás cómo ce-
des; hasta el mes de Mayo te espero
aquí estamos en Abril.

—El mes de las lilas.
—Y si no vamos de verano, ¡ya ve-
rás! Per el pronto suprime el tabaco y
café; ahorra y verás cómo pasamos una
temporada.

Y el hombre tiene por último que
levantar un empréstito que le levanta
en vilo todo el año.

La temporada taurina empieza á ex-
carvar los ánimos de los aficionados.

—Hay poderosos que no contentos
con abonarse ellos han tomado hasta
siete delanteros del 3 para su señora, la
niñera, dos amas y tres niños todavía
en la dentición.

—El pueblo de pan y toros renace
cuál nuevo Fénix de las cenizas del ar-
te de Cúchares.

—Este arte que estaba perdido en la
opinión siempre respetable de algunos
coetáneos de Montes, de esos que pien-
san con Jorge Manrique que «cualquier
tiempo pasado fué mejor» parece vol-
ver ahora, sino á las épocas de la com-
petencia de «Frasuelo» y «Lagartijos»,
á las del «Espantero».

—En la calle de Sevilla se agitan y
cabildean diestros, siniestros y maletas.
—Varemos lo que el tiempo dá de sí.
—Por lo pronto el abono ha sido más
abundante que el del Real.

¿Se pondrá afónico Mazzantini?

El rey Oscar, si sease el monarca
que ocupa el trono de Suecia, ha estado
en San Sebastián y acudirá á Fuente-
rria para presenciar la lidia de los
novillos de Beriana por los chicos del
Bernatillo.

Dícese que esta es la primera fiesta
taurina que presenciará Su Magestad
sueca.

Será curioso conocer sus impresiones
personales acerca de las corridas de
toros.

Suponiendo que el rey hable sincera-
mente y no se haga el sueco.

Candela.



Los regimientos de «Burgos» y del
«Infante» en la batalla de Maypú.

5 de Abril

Cual si fuera lenitivo obligado para

—Os escucho, dijo Pommeferre con vos apenas in-
teligible.

Ursula leyó lo siguiente:

«Mr. Horacio Prevaux de la Chaumiere:

«Estoy tan segura de lo que me estimais, que me
atrevo á pedir un favor, sin temor de que me lo
negueis. Os vais á asombrar cuando os diga que al
fin me he enamorado, y que solamente en vos con-
siste se satisfagan honestamente mis amores. Os
ruego deis la licencia que necesita para casarse con
unigo al mosquetero negro del rey de Francia, An-
tolin Pommeferre. Me apresuro á daros las gracias
por ese favor que cuento de vos como recibida.—
Vuestra humilde y afectuosa servidora, Ursula Qui-
lones».

—¿Y he de llevar yo esa carta á mi amo? dijo
Pommeferre.

—Indudablemente, á no ser que renunciéis á ca-
sarme conmigo.

—Podríamos casarnos sin ese requisito.

—Es que yo me caso sino con todos los requisitos
necesarios.

Y Ursula cerraba aquella especie de carta de
Ursula.

—Pero mi amo me va á rejar de amor bajo, se-
ñora: en primer lugar, ayer fui torpe y se me es-

—Cabalmente; y Mr. de la Chaumiere os ama, se-
ñora.

—Por lo mismo me complacerá.

—Mi capitán me romperá la cabeza.

—No, vuestro capitán osará, porque no puede
menos de creerlo, al ver que yo le escribo acerca de
este asunto, que mi casamiento con vos no es otra
cosa que un medio para encubrir mis amores con él.

—¿Y ese es verdad, señora? dijo Pommeferre so-
focado.

—No seáis imbécil, amigo mío: para eso me hu-
biera casado con mi maestro de gramática Marcos
Calderón; pero, dejadme, dejadme escribir.

V

Ursula, que se había quitado el manto, fué á una
papelera, la abrió, se sentó delante de ella, y se pu-
so á escribir.

Entre tanto, guardaban silencio Carlota y Pom-
meferre.

Este estaba realmente preocupado. Un color se le
iba, otro se le venía y sudaba.

Carlota se mostraba completamente impasible.

Ursula tardó cinco minutos en escribir la carta.

—Oid, dijo á Pommeferre, lo que digo á vuestro
capitán.

La criada estaba sin duda prevenida, porque abrió
la puerta é introdujo á Antolín en una alegre salita
brillantemente amueblada.

Nadie había en la sala.

Poco despues de haber entrado en ella Pommefer-
re, se abrió una puerta vidriera, y adelantó una
mujer, que apesar de sus cincuenta años, parecía
aún hermosa, vestía como hubiera convenido á una
dama, y con muy buenas maneras, lo que no deso-
ció Antolín.

III

Era Carlota, la madre ignorada de Ursula, la
amante del verdugo.

—Sentaos, dijo con afabilidad á Pommeferre, se-
ñalándole un canapé de caoba con forro de damaseo
amarillo: sentaos y dejad el sombrero, porque esti-
mándoos tanto como os estima Ursula, y siendo yo
tan su amiga, estais en vuestra casa.

Antolín dejó el sombrero sobre un sillón.

—¿Con que decís, conestó turbado, que la señora
Ursula me estima?

—He dicho poco, contestó Carlota: Ursula os ama:
¿cómo os habeis compuesto para que os amé en tan
poco tiempo, ella, á quien nunca se le han conocido
amores.